

La relación educativa en don Bosco: un tesoro

Piera Cavagliá (fma)

Doctora en ciencias de la educación y pedagogía.

Facultad Pontificia De Ciencias De La Educación Auxilium (Roma)

Resumen

Una relación educativa no es el resultado de una mera interacción, comunicación o influencia sino que necesita determinados elementos que la conviertan en «algo valioso», realmente educativo. Implica resaltar la importancia que tienen los vínculos afectivos que se pueden presentar desde innumerables vertientes: desde el amor hasta la hostilidad.

Don Bosco, amigo de los jóvenes y experto educador, es conocido y admirado por su estilo educativo preventivo. Se puede decir que es un «artista de la relación educativa». Su capacidad de relación, llena de cordialidad y de valores, es digna de las teorías de los más grandes nombres de la psicología y de la comunicación educativa. Sus intuiciones están plenamente en consonancia con la reflexión científica de las Ciencias Humanas y Ciencias de la Educación.

En su método educativo, la calidad de la relación es el tesoro, la llave mágica de su obra en beneficio de los jóvenes. Su Sistema Preventivo pone en el centro la relación con el muchacho. En un tiempo de profundas transformaciones sociales, Don Bosco vio el fenómeno de la delincuencia de una juventud desorientada, sin instrucción ni medios de vida, y se puso a orientarla, ofrecerle ideas, comunicarle sentimientos, ideales, abrirle nuevos horizontes, llenarla de nuevas energías.

Palabras clave: relación educativa, Sistema Preventivo, relaciones interpersonales, ambiente de familia, comunidad educativa, motivación, valores.

1. INTRODUCCIÓN

En Europa, el siglo XIX es una época de intensas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales: el siglo de la revolución industrial, de la unificación de Italia, de la expansión de los imperialismos y del capitalismo, de la restauración, de los movimientos obreros, del marxismo, del liberalismo, del despertar de la conciencia social en la Iglesia. Es el siglo en el que nació Don Bosco. En el que, en la educación tradicional, la relación entre el maestro y el alumno era vertical, donde el docente ha representado una posición de poder a través del ejercicio de su autoridad y su relación con el saber, asumiendo su superioridad, por lo tanto el alumno debía acatar sus reglas y obedecer.

Y Don Bosco fue un hombre adelantado a su tiempo, y su obra está profundamente radicada en la historia de la sociedad en la cual vivió. Se adelantó al «movimiento» de renovación pedagógica, al desarrollo del componente afectivo, al concepto de Inteligencia Emocional.

Su forma de relación es acompañar al joven en la formación de su personalidad, donde el amor, la afectividad y la emoción, son tenidos en cuenta en el ámbito educativo.

Nanni define a Juan Bosco como «hombre de acción» más que como un teórico. El método pedagógico de Don Bosco ha tenido un alto reconocimiento en la historia de la educación y sus principios siguen teniendo una vigorosa actualidad. La educación es, sin duda, un bien relacional de gran importancia, punto de partida de cada etapa del desarrollo y afecta a los valores que fundamentan la madurez humana. Es una realidad compleja, porque integra factores individuales, ambientales y experiencias vitales.

La primera experiencia de los valores se tiene mediante la participación. La sola proclamación de los valores, de las reglas de conducta, si no encuentra respuesta en las relaciones diarias, no tiene ninguna influencia real en la persona.

Los valores deben tener un rostro. Nadie aprenderá honestidad si no se encuentra con quienes practican la honestidad. El diálogo afectuoso con el otro es clave para forjar la propia identidad y genera confianza y seguridad, algo de especial relevancia en las primeras etapas de la vida.

Para crecer de una manera sana no sólo se necesita ser queridos, sino *experimentar* ser amados. Y ser amados «implica la experiencia de ser tomados en serio y, por tanto, valorados en sí mismos y unos a otros» (Stickler, 1998, p. 368). En la sociedad actual, teñida de un creciente individualismo y pragmatismo, hay una necesidad emergente de auténticas relaciones humanas, comprensión y diálogo. En especial los jóvenes están cada vez más presionados a seguir los dictados de la tecnología y a guiar su conducta por el presentismo y el *carpe diem*. El predominio de los *media* conlleva el peligro de una devaluación de la relación humana y provoca una extraña paradoja en nuestra cultura: en la «aldea global» se ha mejorado y se ha facilitado el acceso a los sistemas mundiales de comunicación, estamos saturados de información, pero, a su vez, se experimenta una seria pobreza de comunicación y de relaciones, de soledad, rayanas en lo patológico.

Somos parte de una sociedad altamente alfabetizada en el plano lógico-formal y técnico-científico, pero, a la vez, poco desarrollada en las relaciones humanas¹.

2. HABLAR DE LA VIDA ES DECIR RELACIÓN

La relación, en un sentido amplio, está en el origen de la vida humana. Buber dice que «en el principio existe la relación» para referirse a esta profunda y constitutiva realidad del ser humano (Buber, 1959, p. 21). El hombre, en su naturaleza ontológica, es una unidad dialógica y está, por tanto, abierto a la relación, se hace yo en el tú, es decir, se reconoce en la comparación, en el diálogo y entrando en relación con los demás con el ambiente, con Dios. En él, la llamada a salir de sí para comunicarse con el otro es una instancia antropológica y psicológica antes que evangélica.

El hombre, incluso desde el punto de vista religioso, es relación en lo más profundo de su ser: viene a la vida porque se siente llamado por un tú; por lo tanto es un ser en constante diálogo. Esto implica superar la tendencia a convertirse en el centro y la referencia de todo y a desarrollar la capacidad de amar y de comunicación, de lo contrario es imposible de realizarse como persona.

«¡Amo, luego existo!» diría Emmanuel Mounier, superando el «cogito ergo sum» de Descartes. Si yo no me abro al otro, no construyo mi personalidad. Y el otro no es –como dice Sartre– «condena infernal»², sino un misterio, un lugar inaccesible con el método racional puro. Conocer al otro es entrar en relación con su misterio. Y esto es posible con los ojos del corazón. Ésta es, precisamente, la interpretación más correcta de la expresión conocida de Don Bosco: «La educación es cosa del corazón y sólo Dios es el maestro». «Este mundo será humano, cuando al amor de la fuerza suceda la fuerza del amor» (Roger Garaudy). La humanización pasa a través del redescubrimiento de la relación que, en el horizonte cristiano, se configura sobre la Trinidad.

3. DON BOSCO, HOMBRE DE EXTRAORDINARIA CAPACIDAD DE RELACIÓN

Un principio de su pedagogía es la relación personal. Cuando pensamos en Don Bosco, lo imaginamos en medio de los jóvenes. Su vida es una vida llena de jóvenes. Supo hablar su mismo

¹ Barbiellini Amidei habla del «analfabetismo generalizado de los sentimientos». El respeto por los niños y su educación ha sido siempre el mejor indicador del nivel ético y civil de un pueblo. Una sociedad que pierde la noción de la infancia, ha perdido la noción de sí misma. El analfabetismo de los sentimientos es muy común también en Italia. (Cfr. su artículo en *Il resto del Carlino*, 19-8-1996, p. 1).

² Según Sartre (1905-1980), el amor no puede existir. Para él, las relaciones con las personas no pueden escapar a la lógica de la posesión y del sometimiento. El hombre sartriano, lejos de encontrar en los otros interlocutores válidos y creíbles con los que construir tramas positivas y gratificantes, descubre que sus compañeros son para él una infernal condena (Schoepflin, 1999).

lenguaje, estar con ellos, dedicarse de lleno al bien de los jóvenes. Supo relacionarse de manera correcta y serena con todas las personas, incluso con aquellos que le eran adversarios, que lo rechazaban, o bien de temperamento difícil por su vida llena de lucha y sufrimiento.

Aprendió a crecer él mismo en paciencia, en humildad, en ternura. Llegaba a intuir la vida de los jóvenes, para sacar lo que estaba pasando dentro de ellos. En primer lugar, establecía con el interlocutor un clima de confianza. Le preguntaba enseguida su nombre: «Mi querido amigo»... A continuación, se interesaba por su familia, la edad, los proyectos. Estaba atento a su mundo, su lenguaje, sabía entrar en la misma longitud de onda.

Aún, cuando no lo comprendía, sabía activar otros modos de comprensión, buscar la sintonía también no siendo fácil. A nivel metodológico, actuaba dentro de un proceso circular: de las cosas, al nombre, a la persona, a su futuro.

Su firme convicción es esta: la educación será tanto más eficaz cuanto más se realice, transcurra en un ambiente de relación lleno de confianza y de aceptación. Si uno se siente acogido, acoge, incluso, los valores difíciles y delicados; si uno se siente amado, ama; si uno se siente acogido, da confianza, colabora, se compromete. De él, podemos exponer muchos textos que nos arrojan luz sobre la gran importancia que concedía a las relaciones interpersonales, como factor seguro de eficacia en la misión educativa. Aquí nos referimos, por alusión, a dos fuentes:

3.1. La carta escrita desde Roma a la comunidad educativa de Turín (10 de mayo de 1884)

Se trata de una apología de la relación basada en el ambiente familiar. De hecho, para Don Bosco la auténtica relación educativa vive de participación, se realiza en el diálogo, en la comprobación, en la espontaneidad de las relaciones familiares. El «no basta amar» para «hacer visible» el cariño, es la esencia de la pedagogía de don Bosco, la novedad que introduce y penetra todo su estilo educativo. Demostrar el amor es el mensaje central de la carta y, para «hacer visible el cariño, es necesario que los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos sientan que son amados».

3.2. En Roma: una lección de enfoque relacional positivo

Don Bosco fue a Roma unas veinte veces. La primera vez en el 1858. Deseaba conocer lo mejor posible la ciudad. Desde Roma, escribió a su comunidad de Turín: «Hemos visitado ya muchas cosas que conocíamos por los periódicos para, después, darlo a leer a todos los que lo deseen cuando lleguemos»³. Era un observador atento del complejo mundo eclesial, político, cultural, artístico de la ciudad.

Pero, también, los romanos querían encontrarse con él. Se rumoreaba que Don Bosco era un genio, un artista de la educación. Eran nobles, eclesiásticos, educadores que habían esperado horas y horas para localizarlo. Entre éstos, se encontraban los dirigentes del famoso Hospicio «S. Michele a Ripa».

El cardenal Tosti, con uno de los principales gestores, designados por Municipio de Roma que los elegía siempre entre los militares, lo acompañó para visitar todos los talleres de artes mecánicas y liberales (arte de alfombras, tapices, pinturas, escultura, grabado etc.). El programa didáctico y organizativo era perfecto. También el entorno era límpido como un espejo, pero Don Bosco advertía que se vivía un sistema militar. Se daban castigos, incluso, físicos, la disciplina era rígida e impecable. Los muchachos estaban asustados y reprimidos. Don Bosco observaba todo, hablaba poco, pedía explicaciones. De pronto, oyen a un muchacho bajar la escalera silbando. En una vuelta, el desafortunado se encontró de cara a cara ante los visitantes. La canción se desvaneció en la boca y cogió la gorra con la mano y agachó la cabeza.

El director lo reprendió severamente. Después le pidió disculpas a Don Bosco:

³ L 346 del 7-3-1858, en *Epistolario* tratado por Motto (1858).

- ¿Por qué? –dijo Don Bosco–. No tengo nada que disculpar y no sé en qué ha faltado el muchacho.
- Pero, ¿no le parece ese silbido descortés una irreverencia?
- Pero involuntaria, –continuó Don Bosco–. Es mejor un poco de ruido que un silencio rabioso y sospechoso. Pero lo que me deja preocupado ahora es aquel chico. No le parece que es mejor que vayamos a su encuentro?

Según Don Bosco, una relación que humilla al joven nunca es positiva. El educador –si lo considera realmente necesario– no renuncia a la corrección, pero antes busca el momento oportuno.

Don Bosco llamó al joven y le dijo:

- Quédate tranquilo. He arreglado todo, pero, a partir de ahora, sé siempre bueno. Toma este pequeño regalo y di un Ave María por mí.

Después de algunos días, el cardenal Tosti pregunta a Don Bosco acerca del sistema mejor para educar a los jóvenes. Ésta es la respuesta programática que contiene un valor profético y siempre actual: «Es imposible educar bien a los jóvenes si éstos no tienen confianza en los educadores».

- Pero ¿cómo se gana la confianza?, preguntó el cardenal.
- Procurando que los jóvenes se acerquen a nosotros, quitando toda causa que los aleje de nosotros⁴.
- ¿Qué podemos hacer para acercarnos a ellos?
- ¡Acercándonos a ellos!, buscando adaptarnos a sus gustos, haciéndonos semejantes a ellos. ¿Quiere que hagamos una prueba? Dígame ¿en qué lugar de Roma se puede encontrar un buen número de muchachos?
- En la Plaza Termini, Plaza del Pueblo.
- Pues, bien, vamos a la Plaza del Pueblo.

El cardenal lo observaba intrigado y un poco escéptico. Don Bosco vio un grupo de chicos que jugaban, se acercó, pero algunos huyeron. Los llamó con cortesía y ellos volvieron. Don Bosco les regaló algo, les preguntó por su familia, pidió un juego. Invitó a reanudarlo y él se puso a jugar con ellos.

Entonces, también, los otros jóvenes se unieron, felices por ver a un sacerdote alegre y sereno, que a uno decía una buena palabra, a otro le hacía una pregunta, etc... Cuando dijo que ya era tiempo de dejarlos, los jóvenes se quedaron apenados. El cardenal Tosti observaba maravillado. Y aprendió la lección, pero, desafortunadamente, no la puso in práctica. Era un tipo autoritario y tenía la idea que la mucha confianza hace perder el respeto⁵.

Es evidente que no puede transferirse este ejemplo a nuestros días o a todos los ambientes. A menudo se cae en el defecto opuesto, es decir, en la excesiva espontaneidad, la permisividad, en el paternalismo: se deja hacer, no se sabe educar, no se escucha o, tal vez, no se tiene nada que comunicar en la vida o se comunica mal.

Don Bosco nos enseña algunos requisitos para una relación bien orientada que mejora la persona, no la reprime, pero tampoco la abandona con un vacío de ideas o de valores. La relación de la que queremos hablar se debe tejer en un proyecto de amplio alcance, rico en valores e impregnado de la visión cristiana de la vida, del futuro de la persona, de su crecimiento dinámico.

Por lo tanto, recibe su linfa de la educación cristiana y asume toda la riqueza humanística.

⁴ El mensaje se coloca en línea con lo que, años más tarde, se manifiesta en la carta de Roma del 10-5-1884.

⁵ El episodio completo se puede leer en *Memorie Biografiche di don Bosco* (MB), vol. 5, pp. 842-846 y pp. 917-918.

4. RECONOCER AL OTRO COMO PERSONA PARA ACOGERLA CON RESPETO

Según el método educativo de don Bosco, todo él basado en la lógica de la preventividad, se parte de una convicción fundamental: «la educación es el gran arte de formar la persona» como cristiana y como ciudadana.

Su método consiste en celebrar el valor de la persona, como un proyecto humano que se debe hacer y esto se lleva a cabo en una red de relaciones interpersonales, culturales, ambientales. El fin de la educación es, en realidad, un *proyectarse* y un *proyectarse* de cada uno en su *irrepetibilidad* hacia la plenitud (Vico, 1995, p. 137). Por esto, fue definido por Pablo VI felizmente «un incomparable ejemplo de humanismo pedagógico cristiano». La primera dimensión del método educativo no es tanto el hacer (trabajo, fatiga, regalos...), sino la atención a la persona como tal, no para atraerla a sí, sino para ayudarla a ser autónoma y libre en el amor y en la responsabilidad.

Desafortunadamente, nosotros educadores estamos muy preocupados por las condiciones externas en las que se efectúa la relación educativa, porque éstas son más fácilmente controlables. Don Bosco, en la carta del 1884, escribe: «Falta lo mejor...», por lo tanto, todo comienza desde el verdadero respeto a la persona. La persona, que tiene valor por sí misma, quienquiera que sea, es un tesoro precioso, incluso el más precioso que existe sobre la tierra.

«La más perfecta de las criaturas visibles» ya que lleva en sí una chispa divina, aunque esa chispa esté a punto de extinguirse o casi apagada. Es un reflejo de Dios, una imagen de Él en carne y hueso, un hijo suyo, por lo tanto, rodeado por su amor y su ternura. Nadie puede hacerle daño, abusar de su riqueza infinita. De hecho, toda persona es digna del mayor cuidado y del más delicado respeto.

Don Bosco, en el respeto como valor fundamental por cada joven, aunque sea el más desafortunado en la vida, afirma que, en cada uno, hay un punto accesible al bien y el primer deber del educador es buscar la cuerda sensible del corazón y hacerla vibrar (MB, p. 367, vol. 5).

Escribe: «Recuerda, oh cristiano, que eres hombre para la eternidad. Cada momento de tu vida es un paso hacia la eternidad» (Bosco, 1856, p. 24).

Considera a la persona como centro de un infinito amor y, por lo tanto, como potencial de recursos y de posibilidades. Cuando éstos son convenientemente cultivados y desarrollados, el joven puede llegar fácilmente a la madurez. Pero es necesario comenzar bien y a tiempo, poniendo las condiciones adecuadas.

Aquello que se nos confía –a nosotros educadores– no es una cosa, un objeto del que nos podemos apropiarnos. Se nos confía la vida, un precioso tesoro para custodiar con sumo cuidado, un bien para defender, proteger, promover.

La primera convicción que mantiene la pedagogía de Don Bosco se puede expresar con las palabras de Jesús: «Vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños» (Mt. 18,14). Y, al final de la vida, nos preguntará sólo si hemos colaborado con Él en esta empresa divino-humana que se llama amor, caridad que hace florecer vida y esperanza.

También nosotros podemos decir con admiración que «la gloria de Dios es el hombre vivo» no por una exaltación orgullosa, sino realista porque todos nosotros reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor. ¡Somos amados, luego existimos!

5. LA CONFIANZA QUE ABRE EL CORAZÓN⁶

Si se piensa que nada en el mundo es más precioso que la persona, entonces la actitud más adaptada es dar confianza y manifestarla, ponerse a disposición con total desinterés, sin ninguna manipulación o plagio. En cada persona, en efecto, existe una profundidad insondable, recursos latentes para desarrollar. Por esto, decimos que el cariño, corazón de la relación educativa, es amar sin poseer, servir sin dominar.

Dios, que cuida con infinita sabiduría de todas sus criaturas, quiere cuidar de nosotros a través de las mediaciones humanas. Cada educador es un signo de su amor. Nuestra humanidad es necesaria para revelarse. Él, que no necesita nada para existir, nos necesita en la educación. El afecto llega al individuo por medio de la relación personal, que permite ver e iluminar el presente, el pasado y el futuro de cada uno. Importante es el trato personal de tú a tú con los niños y jóvenes, aunque sea breve, que tiene la presencia educativa en Don Bosco. Algunos de los primeros encuentros con sus muchachos han pasado a la historia: Bartolomé Garelli, Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besucco.

El amor es el principio de la asistencia salesiana, que convierte la relación pedagógica en la base de toda relación. «Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto y sin esta demostración no puede haber confianza», nos recuerda Don Bosco en la carta de Roma, el 10 de mayo de 1884 a la comunidad educativa de Turín. La familiaridad, por tanto, es el estilo de las relaciones salesianas.

Para poder entablar una relación auténticamente educativa, es preciso –nos enseña Don Bosco– mirar con simpatía y confianza a cada persona, y hacerle sentir esta confianza más allá de las palabras, ya que el joven crece y madura cuando descubre la confianza en el educador. Nadie es tan insignificante y pobre para no tener algo bello y bueno para sí y para dar a los otros. En cada persona hay un «tesoro de oro puro» que es necesario sacarlo a la luz y valorizarlo⁷.

Don Bosco nos dice: «En todo joven hay un punto accesible al bien. Por tanto, es función del educador buscar este punto, esta cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella». La vocación del educador consiste en encontrar el momento oportuno para descubrirlo.

Para realizar este «despertar humano», precisamente, la educación no debe reprimir, sofocar, inhibir a las personas, más bien ayudarles a crecer en libertad y responsabilidad en la vida ordinaria.

Don Bosco basa la eficacia de la educación sobre la relación en la acogida y en la simpatía familiar que se teje entre el educador y el joven. En la fase más delicada de su crecimiento, se encuentra a su lado con el cuidado primoroso de un jardinero (MB, p. 457, vol. 12), con la sabiduría de un maestro de vida, con la bondad fuerte y cariñosa de un padre, con el arte de quien hace vibrar la cuerda justa, con habilidad de un sastre que hace una obra maestra con el tejido que se le da.

Valora lo que tiene, intuye y descubre aquel «punto accesible al bien» y, sin violencia, deja libertad «lascia tanta aria intorno alle persone» (Caviglia, 1920, p. 121). De este modo, pone de manifiesto los recursos de bien latentes en el corazón de los jóvenes, ayudándoles a neutralizar lo negativo, a superar aquello que obstaculiza la aparición del bien, cada persona tiene su gama de belleza, de bondad, de verdad. Su rostro es una llamada al diálogo abierto y a la ayuda que suscita. Sería una injusticia imperdonable tratar a todos de la misma manera.

Se debe tratar a cada uno de modo diferente y con afecto personalizado.

⁶ Nos referimos al «corazón» en la óptica de Don Bosco: el centro de la persona, centro de decisiones, de libertad, de determinación que se abre al diálogo educativo.

⁷ La expresión la tomo de Simone Weil, cfr. en Di Nicola (1990).

Se necesita partir del punto en el que se encuentra la persona y apuntar en la dirección de los valores. Don Bosco nos da ejemplo de una gran confianza en las metas, en los ideales de la educación y, al mismo tiempo, de una gran paciencia inagotable en aceptar el ritmo del curso, las posibilidades, y limitaciones, la lentitud, las dificultades reales de maduración.

6. CUIDAR EL AMBIENTE QUE SE RESPIRA CADA DÍA

Uno de los elementos característicos del sistema educativo de Don Bosco es la creación de un ambiente rico de humanidad, de alegría y de esfuerzo, que es ya, por sí mismo, vehículo y expresión de valores y de propuestas. En el ambiente de Valdocco, se respiraba un ambiente de familia que entusiasmaba y en el que cada uno se sentía a gusto. Don Bosco daba toda la *libertad* que no era peligrosa para el desarrollo sano de los jóvenes (MB, p. 592, vol. 6). La alegría es, para Don Bosco, un insustituible factor educativo.

Los procesos educativos se realizan en lo específico de las relaciones ordinarias y diarias. Don Bosco es el maestro de la cotidianidad y, por esto, no espera a las grandes ocasiones. Son las relaciones diarias el terreno en el que madura la vida y se expande.

Estando con los jóvenes ha descubierto la eficacia de las acciones diarias, el pan de cada día que hace crecer lentamente, pero con seguridad. Era una persona rica en humanidad que ha sabido acompañar día tras día el desarrollo de los jóvenes. Ha descubierto que, en la realidad del día a día, se realiza la verdadera dimensión humana de la existencia.

Su mundo interior aparecía de humor constante, siempre optimista, bien dispuesto hacia los otros. Cada uno lo consideraba como un padre y, como tal, se le acercaba, le abría su corazón, le confiaba los secretos, seguro de su confianza y benevolencia.

La relación educativa cuida los matices de las expresiones: gesto, palabra, actitud y, al mismo tiempo, los contenidos que comunica. Estos nunca deben caer en la banalidad, en el pesimismo, en la ambigüedad. Cuidar el clima que se respira cada día es indispensable para la salud. Quien había experimentado directamente este clima en Valdocco podía decir que Don Bosco hacía respirar a sus jóvenes el aire de familia, pero ésta se armonizaba con el aire de Dios. Dejaba «tanto aire entorno a las personas», esto es, no las sofocaba con prohibiciones, con prédicas, con prescripciones, sino que los acompañaba día tras día con motivaciones convincentes.

7. UNA RELACIÓN LLENA DE VALORES Y DE GRANDES CERTEZAS

Don Bosco estaba convencido de que, en un ambiente vacío de propuestas, a nadie se estimula para crecer, más bien puede retroceder. Por esto, ayudaba a los jóvenes para que no vivieran superficialmente, sino a llenar las jornadas de valores que posibilitaran la construcción de su futuro. Les transmitía oportunamente contenidos y valores sólidos, seguros, que, como piedras fundamentales, les permitieran construir sobre una base sólida. Se trata por tanto de comprender el presente del joven en relación a un futuro que constituye su deber ser.

Tenía un claro proyecto cristiano de elevado perfil; a ello no renunciaba jamás por todo el oro del mundo e, incluso, por amistad con los «poderosos» de la esfera política. Dentro de la relación con los jóvenes, hacía pasar aquellas realidades, convicciones y valores que él sacaba de la experiencia de su fe: la certeza de un Dios que es Padre y que nos ha creado por amor y nos guía con sabiduría infinita. La presencia viva de Jesús junto a nosotros y vivo hoy en su Iglesia. El valor de la vida humana, misterio y don para acoger con gratitud y, al mismo tiempo, para construir con todas nuestras dotes y creatividad, el valor de la comunión, de la verdadera amistad, de la solidaridad que no pasa con indiferencia al lado de nadie, que no margina a nadie, sino que se abre con simpatía a cada persona. Los valores de la amistad, de la honestidad, de la responsabilidad, del cuidado de los demás. El Sistema Preventivo, si bien se basa en el amor, en

las relaciones empáticas, en la presencia acogedora, también tiene como base la religión y la razón.

En este sentido los tres elementos constitutivos del Sistema Preventivo (razón, religión y amor), están fusionados íntimamente entre sí; es, precisamente, esta proporción armónica lo que hace capaz al educador para comprometer a los jóvenes en lo más significativo de sus potencialidades: su mente, su corazón, su voluntad y su fe, pues él mismo se presenta como ejemplo de los valores que trasmite.

De los tres elementos fundamentales del Sistema Preventivo, la prioridad la tiene, sin lugar a dudas, el amor. El amor que es afecto manifestado en palabras, gestos y actitudes familiares y de amistad, que expresan cercanía, delicadeza, cordialidad, solicitud, cuidado y perdón.

Comunicaba a los jóvenes la conciencia de que era necesario prepararse bien en el ámbito cultural, humano y de fe para afrontar la vida social con responsabilidad, con el fin de proporcionar la propia e irrepetible aportación. La profundidad y la actualidad de estos contenidos suscitaban la escucha y la aceptación porque estaban presentados con afecto, con asiduidad, con la coherencia de su testimonio y reiteradamente (Fontana, 2000, pp. 78 ss). Por esto, es fundamental recordar que nuestras relaciones educativas también deben estar impregnadas de propuestas que lleven al muchacho a asumir responsabilidades, y a ser protagonistas de su proyecto de vida. Es el arte de la animación que busca sacar lo mejor de cada uno, de ir formando, como anhelaba Don Bosco, «Buenos cristianos y honrados ciudadanos».

Se requiere una razón para vivir y, por esto, se necesita iluminar el día a día de nuestros jóvenes con la belleza y la alegría de la verdad y del amor. La motivación, como se sabe, es el móvil de la actividad y permite a la persona dirigir sus energías y fomentar la participación activa y cooperativa.

Don Bosco no perdía oportunidad para intervenir con todos los medios posibles para él, con la palabra, con la prensa, las cartas, las fiestas, los juegos, el diálogo amistoso, con el ingenio de una broma, con la «palabrita al oído».

Sabía proclamar sus convicciones sin miedo, sin vacilaciones, y sabía entusiasmar, también, a los jóvenes con ideales que llenan la vida de sentido.

8. DE LA RELACIÓN EDUCATIVA A LAS RELACIONES MÁS AMPLIAS

El móvil de las relaciones que Don Bosco sabía tejer con los jóvenes era un móvil arraigado en un gran amor, una base fuerte que sostenía sus fatigas, resistencias, sacrificios, conflictos: «Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros estaría dispuesto a dar la vida». Su ideal más grande es el cuidado de los jóvenes, hablar con ellos, escucharles, hacerlos felices en esta vida y en la eternidad. A partir de los más débiles, los más difíciles, los más alejados o rezagados, demostraba querer llevar su peso para salvarlos, ayudarles a ser santos, hacerles sentir el amor que Dios tiene a cada uno de sus hijos.

Ésta es la raíz fundamental de toda su relación educativa y luego fue capaz de actuar con habilidad, con libertad, con determinación. Su estilo de relaciones siempre fue espontáneo, familiar, abierto al mundo de sus muchachos. Un estilo de relaciones en la amistad para hacer crecer, pero no una amistad que terminaba, sino que acompañaba siempre, no sólo mientras el joven estaba en la casa salesiana, sino a lo largo de toda su vida. La primacía de Dios es el fundamento de toda su relación, la sostiene, incluso, en los momentos más arduos y difíciles. Les decía «llamadme siempre padre» y, en su vida, se empeñaba en manifestar algún rasgo de la paternidad de Dios para que los jóvenes lo pudiesen encontrar. Esta era su verdadera identidad.

La sintonía con Dios y con María Auxiliadora, una madre que cuida de sus hijos, lleva a Don Bosco a la solidaridad social. Se siente involucrado en el bien común de su ciudad, de su nación, del mundo (Cavaglià, 1993, pp. 32-51).

La relación educativa es una relación cimentada sobre esta sólida roca y, por tanto, abierta a relaciones más amplias y solidarias. Esta relación prepara al joven a las relaciones que deberá tejer en su vida con otras personas, con el ambiente social, con el mundo del trabajo, con la familia, y con Dios, sentido y plenitud de toda existencia. No es suficiente que los jóvenes sean felices, tienen que estar dispuestos a contribuir a la felicidad de los demás. El acostumbrarse al sentido de la honestidad, a la verdad que no traiciona la palabra dada, el compartir, la atención solidaria en las pequeñas acciones diarias es el aprendizaje para las relaciones participativas en todo el mundo. En este sentido, decimos que, en la educación, reside la esperanza de un futuro más humano.

En el microcosmos de las relaciones educativas se ponen las bases para vivir en el macrocosmos de la sociedad. Ésta es, por tanto, la palestra de las relaciones familiares y sociales. El amor pedagógico realiza siempre una obra de mediación, no se detiene en sí, sino que se lanza a otros valores, la vida adulta, la profesional. La persona se desarrolla, realmente, así misma y alcanza su madurez cuando responde al amor y a la llamada que el educador le dirige y, luego, asume su responsabilidad frente a la vida, a los demás, al mundo.

Quien ha experimentado acogida incondicional, confianza, bondad, estará más abierto a dar todo esto, incluso, en su entorno de vital y social.

Hoy día, es muy importante preparar a los jóvenes para la vida adulta, desarrollando los recursos de la responsabilidad solidaria con los demás. La educación tradicional no destacaba en aprender a «vivir juntos» y a participar en la vida social, construyendo el bien común a pesar de las diferencias de origen, de cultura, de competencias. En el momento actual, esto es uno de los cuatro pilares de la educación para el futuro. El mundo está fuertemente sacudido por la violencia, por el espíritu de rivalidad y de dominio.

Por esto, se requiere potenciar los esfuerzos para poder evitar los conflictos o para resolverlos pacíficamente, desarrollando el respeto por los demás, por sus culturas y por sus valores. Siempre será más necesario educar para una convivencia no sólo pacífica, sino donde se experimenta la reciprocidad, el dar y el recibir, desde el momento que somos todos interdependientes los unos de los otros, la confrontación, la apertura al diálogo y la participación democrática. Cuando, desde niños, se los educa a dialogar, a trabajar juntos en proyectos gratificantes, las diferencias e, incluso, los conflictos entre las personas se apaciguan y se potencia la colaboración.

9. LA RELACIÓN EDUCATIVA NO ES NUNCA UNIDIRECCIONAL

La relación educativa se alimenta de reciprocidad, porque somos confiados los unos a los otros en una interdependencia recíproca. Don Bosco fue un educador que supo dar afecto, simpatía, amabilidad y, al mismo tiempo, valorizó, con sinceridad, el don que los jóvenes eran para él. Su presencia «atrayente» era una escuela de vida que le enseñaba a mejorar siempre más sus actuaciones. Realista, como era, no sobrevaloraba sus capacidades, sino que sabía acoger y aceptar la colaboración participativa de todos.

La relación auténtica se extiende entre dos polaridades: la gratitud (momento receptivo) y la gratuidad (momento oblativo). La gratuidad es auténtica y genuina si está llena de gratitud. Quien no sabe decir «gracias», tampoco es capaz de decir «te quiero».

«Cada uno es para el otro un don que lo completa». Esta visión antropológica implica la realidad del límite y del límite como recurso. Cada persona, en la reciprocidad del reconocimiento de lo que

es, aprende la humildad de su ser limitado, la necesidad de dejar espacio al otro, ya sea discípulo, ya sea maestro (Di Nicola, 1999).

Siempre hay un intercambio de reciprocidad, un influjo en las dos direcciones.

Difícilmente un muchacho reacciona de manera hostil y agresiva hacia un educador que, en su trato, se expresa con respeto, cordialidad, benevolencia.

De la misma manera, se constata que, quien manifiesta, con respecto al otro, desconfianza, desdén, indiferencia, provoca generalmente actitudes de mal humor, rigidez, antipatía cuando no rebelión o fingimiento. Maslow afirma que una buena relación está siempre llena de afecto, de respeto y de cuidado.

Estas «fuerzas buenas» establecen una eficacia terapéutica no indiferente sobre la persona (Maslow, 1973).

Principio guía de toda relación educativa siempre debe ser *el principio de la reciprocidad*, esto es, el protagonismo por ambas partes, la cooperación en la cual se requiere la participación entrambos, es decir, de dos libertades en diálogo (Rossi, 1992).

Todavía hay que hacer una reflexión y que reclama una realidad de la que todos tenemos experiencia: la relación, incluso, la mejor, no desconfianza ante el riesgo del fracaso. Precisamente porque esta relación se realiza en un proceso de libertad – y no de imposición – es continua fuente de tensiones, conflictos, frustraciones.

Requiere una buena dosis de realismo, de lealtad, de paciente humildad, de mansedumbre. Se necesita contar con las propias fuerzas y con las de los otros, con las resistencias propias y las que amenazan del exterior.

Se trata de un equilibrio siempre frágil e, incluso, contradictorio. Es, en efecto, siempre un proceso de crecimiento continuo en el amor, en la confianza que no excluye el conflicto, la fragilidad, la pobreza de ambas partes. El educador sabe que no puede hacerse cargo de todo, pero debe ser siempre flexible y abierto al fracaso.

Esta relación es una valiosa experiencia de maduración recíproca.

Hace madurar en experiencia, en sabiduría, en humildad. Nos tiene alejados de la tendencia a exhibir seguridades inoxidables. Educar a los otros es, en gran medida, educarnos a nosotros mismos y, por lo tanto, ser educados. La relación de la que hemos hablado es posible sólo a condición de una continua autoformación del educador.

El gran filósofo y teólogo contemporáneo, Romano Guardini, hablando de la credibilidad del educador, escribe: “La vida se despierta y se enciende sólo con la vida. La más poderosa «fuerza de la educación» consiste en el hecho de que yo mismo voy hacia adelante y me esfuerzo en crecer... Es, precisamente, el que yo luche para mejorar lo que da credibilidad a mi preocupación pedagógica por el otro (Guardini, 1987).

BIBLIOGRAFÍA

Bosco, G. (1856). *La chiave del Paradiso in mano al cattolico che pratica i doveri del buon cristiano*. Torino: Tip. Paravia.

Bosco, G. (1883). *La carta-circular sobre los castigos de 1883 y la carta de Roma del 10 de mayo de 1884*. Recuperado de Bosco, G. (1884). *Carta al oratorio sobre el espíritu de familia*. Roma.

Bosco, G. (1877). *El Sistema Preventivo en la educación de la juventud. Reglamento para las casas de la Sociedad de san Francisco de Sales*. Turín: Tipografía Salesiana.

Braido, P. (2011). *Prevenir, no reprimir: El sistema educativo de Don Bosco*. Madrid: CCS.

Buber, M. (1959). *El principio del dialogo*. Milano: Ed. Comunità.

- Cavaglia P. (1993). Trattati tipici di don Bosco emergenti dall'Epistolario. *Rivista di Scienze dell'Educazione*, 31 (1), 32-51.
- Caviglia, A. (1920). *Don Bosco. Profilo storico*. Torino: SEI..
- Di Nicola G. P. (1990). Coeducazione e cultura della reciprocità. *Orientamenti pedagogici*, 37 (6), 1234.
- Di Nicola G. P. (1999). L'antropologia della reciprocità fondamento dell'azione educativa. en *Strade verso casa. Sistema preventivo e situazioni di disagio: atti del Seminario di Studio*. Roma: LAS.
- Fontana U. (2000). *Relazione, segreto di ogni educazione*. Leumann Torino: Elle Di Ci.
- Ghiglione, G. (2010). *Comentario a la Carta de Roma de don Bosco*. Madrid: CCS.
- Guardini R. (1987). *Persona e libertà. Saggi di fondazione della teoria pedagogica*. Brescia: La Scuola.
- Maslow A. H. (1973). *Motivazione e personalità*. Roma: Armando.
- Motto F. L. (1858). *Epistolario*.
- Nanni, C. (2003). *Il Sistema Preventivo di Don Bosco*. Turín: Elledici.
- Rocchetta, C. (2000). *Teologia della tenerezza: un «vangelo» da scoprire*. Bologna: EDB.
- Rossi, B. (1992). *Intersoggettività e educazione. Dalla comunicazione interpersonale alla relazione educativa*. Brescia: La Scuola.
- Ruffinato, P. (2007). Educiamo con il cuore di Don Bosco. *Note di Pastorale Giovanile*, 6.
- Santo, J. B. (2012). *El amor supera al reglamento: práctica y teoría educativa de Don Bosco*. Madrid: CCS.
- Santos, F. (s.f.). *Carta desde Roma de D. Bosco*. Recuperado de <http://www.autorescatolicos.org/misc05/felipesantosreflexiones10266.pdf> [Consulta: 15/01/2013].
- Schoepflin, M. (1999). *L'amore secondo i filosofi*. Roma: Città Nuova.
- Stickler, G. (1998). Il vissuto giovanile tra cultura di vita e di morte. *Rivista di Scienze dell'Educazione*, 2, 368.
- Stickler, G. (1998). La experiencia de la cultura juvenil de la vida y la muerte. *Revista de Ciencias de la Educación*, 2, 368.
- Vico, G. (1995). *I fini dell'educazione*, Brescia: La Scuola.